

EL LATÍN EN COLOMBIA, OBRA MAGISTRAL

Todos los días se escriben libros, algunos de mérito y otros de corriente factura, unos perduran y los más pasan por la vida como hojas secas que esparce el viento. Entre los primeros —harto escasos— está la obra magna que se impone por su peso específico, por los fulgores que despidе, por la vigencia permanente de su mensaje creador. En esta categoría excepcional, está *El latín en Colombia*, del insigne José Manuel Rivas Sacconi (1917-1991).

Rivas Sacconi fue escritor castizo, de prosa correcta, vibrante, transparente. Como polígrafo incursionó por los diversos campos de las letras: la poesía, la historia, la crítica literaria.

Como académico, perteneció a diversas corporaciones científicas y culturales de Colombia y del exterior, pero sus centros preferentes de acción los constituyeron la Academia Colombiana de la Lengua y el Instituto Caro y Cuervo; a entrambos se dedicó en cuerpo y alma, y no podía ser de otra manera en un sabio cultor del idioma y egregia figura de las humanidades.

De la Academia Colombiana el doctor Rivas Sacconi fue Secretario Perpetuo y del Instituto Caro y Cuervo fue su Director a partir de 1948, y posteriormente —hasta su muerte—, Presidente Honorario.

Las instituciones académicas, a pesar de la diversidad de su contenido humano, permanecen adheridas, en forma eviterna, a aquellos nombres que les dieron gloria y con ésta les legaron la mejor parte de sus vidas. La Academia Co-

lombiana ofrece una constelación con esos nombres: José María Vergara y Vergara, Miguel Antonio Caro, José Caicedo Rojas, José Manuel Marroquín, Mons. Rafael María Carrasquilla, José Joaquín Casas, Miguel Abadía Méndez, Luis López de Mesa, Rafael Maya, Rev. Padre Félix Restrepo, Antonio Gómez Restrepo, Baldomero Sanín Cano, Rafael Pombo, Diego Rafael de Guzmán, Lucio Pabón Núñez, Mons. Rafael Gómez Hoyos, Eduardo Guzmán Esponda, José Manuel Rivas Sacconi y Rev. Padre Manuel Briceño Jáuregui.

En el Instituto Caro y Cuervo, la sola mención de sus epónimos da la sensación de estar frente a dos soles que iluminan todos los caminos del saber. Un fúlgido binomio.

Todo cuanto escribió Rivas Sacconi es de honda significación, pero, a nosotros, más como lectores asiduos que como críticos literarios, que no pretendemos ser, el trabajo magistral, señero, del eximio escritor colombiano es *El latín en Colombia*, que el autor subtitula: *Bosquejo histórico del humanismo colombiano*, Bogotá, Librería Voluntad, 1949.

Este libro es el esfuerzo ciclópeo de largos años de investigación, de estudio, de cotejo de fuentes documentales y bibliográficas, de la búsqueda incesante del dato preciso, de la noticia esclarecedora. Y a pesar de que Rivas Sacconi confiesa no haberlo abarcado todo y prevé la posibilidad de que existan algunos que ofrezcan nuevas contribuciones que aumenten el radio de enseñanza de su esbozo, la obra es exhaustiva. Al menos todo lo que se había dado a conocer para la fecha fue verificado, analizado, aumentado con nuevos hallazgos, perfeccionado con más atinados atisbos y corregido en sus fallas de conceptos, fechas, fuentes, etc.

Allí está la relación pormenorizada de la enseñanza del latín en las aulas colombianas; la relación puntual de las gramáticas latinas que para enseñar la materia se compusieron en Colombia; el recuento de las obras tanto en verso como en prosa producidas en su país; el catálogo de las traducciones de los clásicos latinos realizadas en Colombia; la mención de los comentarios y ensayos críticos sobre literatura latina; allí él precisa la influencia de la cultura grecorro-

mana en las letras de Colombia y resalta la huella clásica en la vida de la nación.

Claro que aun cuando en los maestros de latín se daba, como complemento del humanismo clásico, el conocimiento y dominio del griego, los estudios de esta lengua los considera Rivas Sacconi como “limitados y esporádicos”, sin la fuerza necesaria para formar una tradición a la altura del idioma del Lacio. Tradición que iba indisolublemente ligada a la filosofía. Sin duda que los filósofos de las más diversas tendencias tenían como instrumento de expresión el latín. Y esto del instrumento vale, igualmente, en las mejores épocas, para la Iglesia, la medicina y el derecho.

Nos complace ver en las páginas del libro de Rivas Sacconi la mención de valores venezolanos como Andrés Bello, Simón Bolívar, Rafael María Baralt, Domingo Navas Spínola y Caracciolo Parra León. Y también de personalidades vinculadas a nuestra cultura, como Juan Francisco Franco Quijano, colombiano, y Agustín Millares Carlo, español, de cuyas enseñanzas en materia de paleografía, diplomática, bibliografía y latín, se benefició grandemente Venezuela.

Todos los capítulos de *El latín en Colombia* son de una acucia extraordinaria. Todos acoplados orgánicamente, como quien estructura un edificio para que las diversas partes se entraben en forma tal que no muestren desajuste por ningún lado; antes bien, una conformación armoniosa, plena de vigor y de elegancia arquitectural. 1. *Conquistadores humanistas*. Con el mensaje filosófico e idiomático que de ultramar trajeron a las Indias los tercios de España, algunos bachilleres en leyes y sabedores del latín, como el Hernán Cortés que paró en México y Gonzalo Jiménez de Quesada que “inauguró en Colombia la serie de humanistas que han sido a la vez los rectores de la cosa pública”. 2. *Lengua de cultura*, es decir, la lengua madre, que comienzan a enseñar los dominicos en Santa Fe a partir de 1563 y que seguirá en forma ascendente, de modo tal que en los siglos siguientes las bibliotecas se atestarán con textos de Cicerón, Virgilio, Ovidio, Horacio, Séneca, etc., etc. 3. *Tratados di-*

dúcticos. Eran los manuales o tratados encaminados a la enseñanza del latín. De la experiencia del profesor emergía la cartilla, el libro que sería alivio de estudiantes. Había el dictado, la lectura de trozos escogidos, las tareas de lectura y escritura. En el Nuevo Reino, como en Venezuela y otras regiones de Hispanoamérica, los exámenes para Bachiller, Maestro o Doctor se presentaban en latín y con más razón los de filosofía y teología. La bibliografía colombiana es rica en este sentido. 4. *Fernando Fernández de Valenzuela* es el autor del *Thesaurus linguae Latinae*, 1628-1629, el manuscrito más antiguo del Nuevo Reino de Granada, estudiado — la vez primera — por Rivas Sacconi. Biografía de Fernández y exégesis de su obra. 5. *En la senda de Nebrija* se contrae a la influencia de Elio Antonio de Nebrija en la Nueva Granada, a través, especialmente, de la obra *Introductiones in Latinam Grammaticam* (1481); el influjo del sevillano era irrecusable en Indias, pues se trataba del padre de la filología española y a la vez del introductor de la latinidad en la Península. 6. *Fray Andrés de San Nicolás*, coevo de Fernández de Valenzuela y, como éste, espléndida figura de la literatura colonial en el Nuevo Reino. Exquisito poeta en ambas lenguas. 7. *Literatura en latín* se refiere a las producciones en prosa y en verso que los escritores y poetas que siguieron la tradición de los esclarecidos maestros Fernández de Valenzuela y Andrés de San Nicolás, y dejaron obra en los campos de la filosofía, la teología, el derecho, etc. Hubo quienes se manifestaron en los dos idiomas, otros solamente en latín y tantos que lo hicieron en castellano, pero matizando sus páginas con citas del latín. Los siglos xvii, xviii, y xix fueron ricos en esta literatura. 8. *Tiempo de transición*. Lo sitúa Rivas Sacconi a partir de 1740 y va hasta el siglo xix. Durante el lapso fijado los regnícolas cuentan con el restablecimiento del virreinato y la fecunda labor de los arzobispos y virreyes, la presencia en Nueva Granada del sabio José Celestino Mutis, la Expedición Botánica, la erección de la Biblioteca Pública; la visita de los sabios geógrafos y naturalistas europeos Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland, la fundación del Observatorio As-

tronómico, etc. 9. *Mariano del Campo Larraondo y Valencia* (1772-1860), payanés ilustre, de quien Rivas Sacconi traza la semblanza cabal, como poeta, catedrático de latinidad de mayores, humanista, doctor en ambos derechos, sacerdote, para quien el latín es “la lengua de los sabios”; abrazó la causa de la Independencia y proclamó la “preeminencia del estudio del latín, entre todos los demás estudios, para la formación de la juventud que es base del progreso de las sociedades”. Según Rivas Sacconi, el reconocido horaciano Campo Larraondo es “el padre de la crítica colombiana”. 10. *El Ochocientos* es la nueva centuria en donde espiga la vida independiente, se hace la reforma de la enseñanza, se fundan nuevas cátedras de gramática y filosofía, y en las leyes y reglamentos se recalca en enseñar la lengua latina “con la mayor perfección que fuere posible”. Habrá textos escolares en romance, pero los de jurisprudencia civil romana y canónica, sagradas escrituras y teología serán en lengua latina. El texto recomendado para la enseñanza del latín era el de Manuel de Pombo, *Gramática latina facilitada para uso de principiantes*, 1821. Para 1826, los estudios de humanidades, en el rubro de idiomas, incluían, además del latín y del castellano, cursos de francés, inglés, griego y lenguas indígenas. Aparecen otros textos, mas en 1867 se enriquece la bibliografía colombiana con la *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano*, por Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo. 11. *Miguel Antonio Caro* (1843-1909). Vida y obra ejemplares, descritas con mano maestra por Rivas Sacconi. El nombre luminoso de Caro llena toda una época, gran parte del siglo XIX y la primera década del XX, y sigue fulgurando en el tiempo como una luminaria que no se apaga nunca. Poeta, filólogo, legislador, filósofo, gramático, historiador, crítico literario, estadista. Traductor de Virgilio, cantor de Bolívar. Fundador de la Academia Colombiana de la Lengua. 12. *La edad contemporánea*. Como consecuencia de las altas enseñanzas del pasado, las generaciones de la era contemporánea han de seguir el ejemplo y éste ha de plasmarse en la devoción por el estudio, el amor a las humani-

dades, la enseñanza y el aprendizaje del latín y del griego. Los excelsos maestros de Hispanoamérica — Bello, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo — forman la tríade maravillosa que se ofrece a la juventud con la majestad del paradigma. Después, en Colombia, espigarán otros valores insignes: Marco Fidel Suárez, Rafael María Carrasquilla, Félix Restrepo, S. J., Eduardo Guzmán Esponda, José Manuel Rivas Sacconi, Rafael Gómez Hoyos, Lucio Pabón Núñez, Carlos Eduardo Mesa Gómez, Manuel Briceño Jáuregui y otros que comienzan a brillar con luz propia y que son garantes seguros de que el humanismo colombiano se mantendrá, siempre, con la altivez de una limpia bandera en la más alta cima de los Andes.

El libro se cierra con un *Apéndice*, que comprende un corto estudio sobre *Epigrafía*, referente a las inscripciones en latín que se acostumbraba colocar en los dinteles de las puertas de antiguas casonas con historia; se indican allí notables obras colombianas que tratan *in extenso* del asunto. La *Addenda*, con notas que completan lo de la *Epigrafía*. Y finalmente, *Advertencia*, con una relación de los estudios del autor, escritos en diferentes lugares y épocas, que han sido refundidos en *El latín en Colombia*. No podía faltar la guía alfabética de nombres, indispensable en toda obra de supremos alcances culturales, docentes y científicos. Y la guía elaborada por Rivas Sacconi fue perfeñada cabalmente, con arreglo a las normas técnicas del arte de indizar.

El doctor Ignacio Chaves Cuevas, en su discurso de incorporación a la Academia Colombiana (2 de septiembre de 1991), en pocas palabras da el concepto preciso de *El latín en Colombia* de José Manuel Rivas Sacconi: “obra maestra de la historia humanística”. Un libro, apenas con tres ediciones, 1949, 1977 y 1993, que está llamado a ser guía para estudios e investigaciones similares en otros países de Hispanoamérica. En Venezuela lo hemos sugerido varias veces. Aquí, claro está, no tenemos la tradición humanística de Colombia, pero no carecemos de figuras de prestancia, de personalidades de primer orden en las labores idiomáticas. Podemos comenzar con Andrés Bello, con marcado magis-

terio en Colombia, y seguimos con José Luis Ramos, Juan Germán Roscio y otros.

Y si nos remontamos más atrás, en la Colonia nos encontramos con que los religiosos de las diversas órdenes que vinieron a nuestro territorio en misión de catequesis, se erigieron, muchos de ellos, en maestros para la enseñanza de la gramática, la filosofía, la retórica y el latín, la música y el canto. Después aparecen los colegios-seminarios y finalmente las reales y pontificias universidades, verdaderos centros de luces que irradiaron cultura y ciencia por todo el territorio colonial. Igual podría decirse de la acción de algunos obispos. Vengan entre varios los ejemplos de Fray Pedro de Agreda, dominico, tercer obispo de Venezuela, 1560-1579, quien erige en Coro, “la ciudad más antigua y fundadora de la provincia de Venezuela”, una escuela para enseñar personalmente gramática y latinidad (1560). Es ésta de Coro, sin duda, la primera cátedra de latín que se establece en Venezuela. Agreda, famoso por sus altas dotes oratorias y su erudición, había sido catedrático en el colegio San Gregorio de Valladolid. El historiador José de Oviedo y Baños dedica las mejores alabanzas al prelado, muerto en Coro en 1579 (*Hist. de la Prov. de Venezuela*, 1824, pág. 581).

Fray Alonso de Briceño (1587-1668), decimotercer obispo de Caracas, 1661-1668, franciscano, teólogo, filósofo, nacido en Santiago de Chile. Se asentó en Trujillo y se alojó en el convento Regina Angelorum, que será para los trujillanos foco de cultura y de ciencia. Al obispo Briceño lo llamaron *Scotulum*, por sus célebres *Controversias*, magna obra de teología y metafísica, editada en Madrid, en dos gruesos volúmenes escritos en latín (1638). El obispo era exegeta de Johannes Duns Scoto (1266-1308), franciscano, excelsa figura de la filosofía escolástica.

Fray Agustín de Quevedo y Villegas (1707-1758), cordero, y de la orden de San Francisco, como Briceño, y, como éste, teólogo, filósofo, sabio, fue, igualmente, exegeta de Duns Scoto, el Doctor Sutil; publicó en 1752 sus *Opera theologica* (4 tomos), en el mejor de los latines. Tanto Bri-

ceño como Quevedo y Villegas fueron estudiados hondamente, y sus obras vertidas al castellano, por el humanista español profesor Juan David García Bacca (1901-1992).

De los siglos xvii y xviii venezolanos otra señera figura de la Iglesia fue el peruano doctor Diego Baños y Sotomayor (1638-1706), decimoquinto obispo de Venezuela, 1683-1706. Es el fundador en Caracas del Seminario de Santa Rosa (1696), que abrió cursos de latinidad, filosofía aristotélica, cánones, teología y música llana.

Venezuela, para el desarrollo de la enseñanza y el aprendizaje, contó con maestros abnegados y capaces, desde finales del siglo xvi y en los siguientes. Algunos nombres: don Luis Cárdenas Saavedra, don Juan de Arteaga, fray Cristóbal de Quesada, quien enseñó latín a Andrés Bello y lo indujo a la traducción de los clásicos de esta lengua; don José Antonio Montenegro, don Juan de Ortiz y Gabantes, el licenciado Juan Díaz de Benavides, don Rafael de Escalona, don Nicolás de Castro, el Padre Francisco de Andújar, don Guillermo Pelgrón, presbítero José Antonio Negrette, don Simón Rodríguez y otros. En su gran mayoría, humanistas.

El latín, el idioma por excelencia de la Iglesia, del derecho, de la medicina y otras ciencias, espigó y se desarrolló en Venezuela, de manera que, para los siglos xviii y xix y la mayor parte del xx, se le cursó en los institutos de secundaria y superior.

En las clases de Derecho romano y su historia, hasta hace poco, era obligatorio que el alumno memorizara la definición de las diversas instituciones en latín e hiciera la exégesis de las mismas en castellano. Hubo profesores, como en Caracas el doctor José de la Concepción Reyes del Piñal, que enseñaba por una traducción propia de las *Institutas* de Justiniano; y en Mérida, el doctor Rafael Antonio Uzcátegui (1864-1950), quien estuvo activo desde 1900 hasta 1944, recitaba en latín trozos de los jurisconsultos romanos y versos de Virgilio y Horacio.

Hubo maestros de latín que pergeñaron textos para la enseñanza; algunos los mantuvieron inéditos; eran sólo del conocimiento de sus alumnos; pero otros tuvieron el cuidado

de darlos a la luz pública. También existió el editor de manuales extranjeros para facilitar su divulgación en Venezuela. Vaya la mención de algunos textos: Juan de Iriarte, *Gramática latina*, Caracas, 1834; el editor Tomás Antero reimprime *De institutione grammaticae libri quinque...*, Caracas, 1834; el editor Valentín Espinal reimprime la *Gramática latina*, de Antonio de Nebrija, Caracas, 1842; Manuel Antonio Carreño y Manuel Urbaneja traducen *Método para estudiar la lengua latina*, Caracas, 1849 y 1890. Juan Vicente González, extraordinario escritor, periodista, maestro, hace la traducción y adaptación a nuestro medio de *Elementos de gramática latina* por J. L. Burnouf, Caracas, 1855 y 1862; antes — 1851 — publicó *Arte poética*, de Horacio, en traducción interlineal, reeditada en facsímil por la Casa de Bello, Caracas, 1989. Don José M. Núñez de Cáceres (1822-1911), de Maracaibo, poeta, periodista, doctor en derecho y en filosofía, políglota, fue catedrático de latín en el Colegio Bülow de Bergadorf (Alemania) y tradujo a Virgilio, Horacio, Dante; Individuo de Número, fundador, entre otras instituciones, de la Academia Nacional de la Historia, profesor de Métrica latina, en la Universidad de Caracas, 1863; compuso para entonces un *Manual de griego*; publicó *Sistema para el estudio práctico del latín clásico*, escrito bajo los auspicios de Mons. doctor José A. Ponte, Arzobispo de Caracas, 1880; después editará *Curso sintético de latín clásico*, Barcelona, 1889; y Miguel María Candaes, *Lecciones de gramática latina*, Mérida, 1913, edición póstuma. El ilustre latinista presbítero doctor J. Trinidad Colmenares H., Canónigo Mercedario, catedrático de la Universidad de los Andes, tradujo *Arte retórica*, en 6 libros, del Padre Dom de Colonia; González utilizaba el texto para sus clases en los institutos merideños, obra editada en 1910, según noticia de don Tulio Febres Cordero (*Archivo de Historia y Variedades*, Caracas, 1931, vol. II, págs. 118-119).

En los últimos tiempos, Venezuela vio decaer inexplicablemente el estudio del latín, lengua que, a pesar de ser la madre de las modernas, cayó en minusvalía y hasta se le volvió a fijar, injustamente, el rótulo de idioma muerto.

De ello tratamos en nuestro trabajo *Reminiscencias griegas y latinas en las obras del Libertador*, Caracas, 1971 y 1992. Empero, para júbilo de la cultura nacional, han surgido institutos de estudios clásicos en nuestras principales universidades, que han reivindicado la importancia capital del griego y del latín.

El Instituto Pedagógico Nacional, creado el 30 de septiembre de 1936, para la formación del profesorado de Secundaria y Normal, se constituyó en un venero fecundo de brillantes profesores de castellano, literatura y latín.

De la Universidad Central de Venezuela surgió en 1950 un texto admirable del profesor doctor Bartolomé Oliver, *Lengua latina*, que contiene valiosísimas informaciones en torno a la pedagogía del latín, la historia de esta lengua y todo un caudal de enseñanza en cuanto a fonética, prosodia, morfología del sustantivo, del adjetivo, del adverbio y del pronombre, la declinación y la conjugación latinas, los verbos, la preposición y la conjunción, formación de palabras, etc. Dotar a los estudiosos de este importante libro es una realización magnífica del Instituto de Estudios Clásicos de la Universidad Central de Venezuela.

En la Universidad Católica “Andrés Bello”, de Caracas, los Institutos humanísticos de investigación han desarrollado ambiciosos programas en la vuelta a los estudios clásicos. De la Universidad Javeriana de Bogotá vino, en varias ocasiones, el Rev. Padre doctor Manuel Briceño Jáuregui (1917-1992) a dictar cursos de griego clásico.

Este retorno de Venezuela al clasicismo griego y latino habrá de afirmarse, considerablemente, con la acción de la Sociedad Venezolana de Estudios Clásicos, propiciada por la Unión Latina, la que, entre otras cosas, propone la creación de un Fondo Clásico, dirigido a formar conciencia en la juventud para volver al estudio de las instituciones científicas y culturales de los griegos y de los latinos; e interesar a los gobiernos para la restitución en nuestros colegios de la enseñanza del griego y del latín y el conocimiento del derecho romano y de la historia de Roma, ya que, como asignaturas universitarias han ido desapareciendo progresi-

vamente en Hispanoamérica. La Academia Nacional de la Historia ha apoyado entusiastamente los proyectos de la Unión Latina, toda vez que está segura de que el griego y el latín son las dos formidables columnas de la civilización occidental.

Y será posible, no es de dudarlo, que alguien de esa Sociedad Venezolana de Estudios Clásicos se aboque al logro de un libro largamente esperado, como es el de un bosquejo histórico del humanismo venezolano, que, bajo el mote de *El latín en Venezuela*, siga la trayectoria que marcó para Colombia el inolvidable maestro José Manuel Rivas Sacconi, con su egregia obra *El latín en Colombia*.

MARIO BRICEÑO PEROZO.

Caracas, Venezuela.